

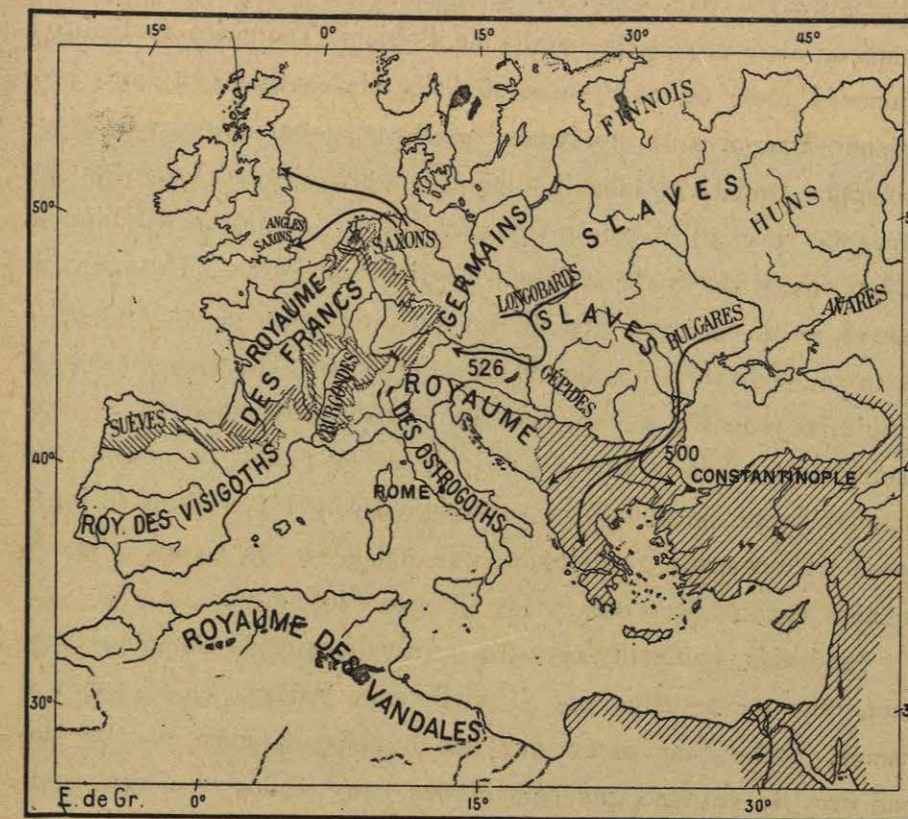
riendo vivir todavía, de tal modo es el hombre naturalmente conservador. Se reclutaron ejércitos, se reconquistaron provincias, se sucedieron emperadores en Roma y fuera de Roma. Hasta que un jefe bárbaro, comandante de la guardia pretoriana y después verdadero rey de Roma, Odovakar, Odoacro, puso fin á la farsa de los emperadores de parada, y con un desprecio benévolo depuso (año de Roma 1228) al Augusto ó más bien al «Augústulo» que ocupaba á la sazón el trono, y que por una singular ironía de la suerte se llamaba Rómulo como el fundador de la ciudad. Pero si no existía emperador titular, la idea del imperio no dejaba de persistir. El mismo Odoacro hizo ofrecer á Zenón, el emperador de Oriente, el señorío virtual de Roma, á condición de ser reconocido como patricio y de recibir en derecho el gobierno de Italia; aunque absolutamente rey, reconocía, sin embargo, las antiguas leyes de Roma, honraba el Senado y dejaba la magistratura en manos de los funcionarios romanos. Y lejos de Roma, en el norte de la Galia, unos lugartenientes del Imperio, Aegidio, y después su hijo Syagrio, continuaron rigiendo y defendiendo su provincia en nombre de Roma, como Aecio lo había hecho antes que ellos: el corazón había cesado de latir, pero los miembros vivían aún. En 486, diez años después de la deposición de Rómulo Augusto, Syagrio, «rey de los Romanos», fué vencido por los Francos en Soissons y con él desapareció el último jirón del Imperio de Occidente.

Pero la presión de las tribus bárbaras no había cesado sobre las fronteras. En 488, Teodorico, rey de los Ostrogodos, que había también revestido la dignidad de general al servicio del emperador de Oriente, descendió de su fortaleza de los Alpes á las llanuras de Italia. Vencedor en tres grandes batallas, logró, tras una campaña de cinco años, apoderarse traidoramente de Odoacro en Rávena, y, so pretexto de establecer la unidad del Imperio á beneficio del emperador de Bizancio, se hizo dueño independiente de Italia: comenzó la reconquista de las provincias apoderándose de las regiones alpinas, de Sicilia, de Provenza, ocupó el valle del Save en detrimento del Imperio de Oriente, y, por una estrecha alianza con los Visigodos, reconstituyó casi en provecho propio el Imperio de Occidente; cuatro ó cinco generaciones después de Ermanarico se desplazó el Imperio

de los Godos unos 2500 kilómetros hacia el Oeste, desde las llanuras sármatas hasta las penínsulas bañadas por el Mediterráneo occidental.

Convertido en romano por los pueblos que había sometido á su dominio, reemplazó á los antiguos dominadores en la defensa de

N.º 269. Europa de 493 á 526.



1: 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil

Este mapa, correspondiente á la época de Clodoveo y de Teodorico, demuestra la disminución sensible que sufrió el Imperio de Oriente bajo la acción de los Ostrogodos, lo mismo que el establecimiento de los Búlgaros en un territorio sometido nominalmente á Constantinopla.

El reino de los Visigodos ha cedido una gran parte de su territorio á los Francos, los Alamanes están más ó menos sometidos á la autoridad de Clodoveo, los Lombardos atraviesan el Danubio y se establecen en Panonia, la corriente que arrastra á los Sajones á través del mar del Norte no se ha agotado aún.

El rayado se emplea con el mismo fin que en el mapa n.º 268.

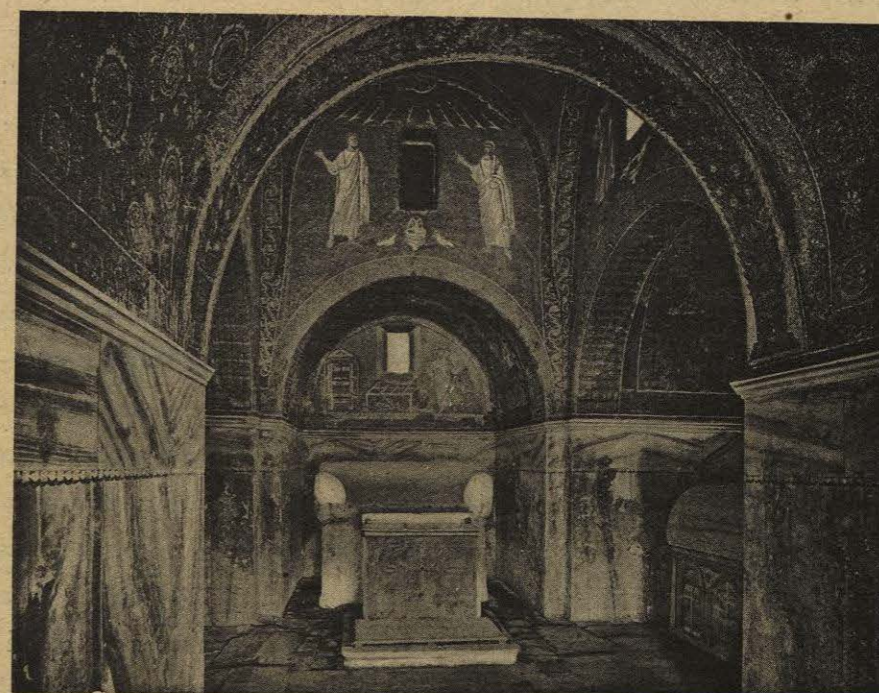
Roma, y, en vista de este fin, hubo de emplear los elementos de civilización que se habían conservado, rodearse de los hombres inteligentes é instruídos, uno de ellos Boecio, y continuar la tradición romana. Hasta emprendió el trabajo de restauración material, ele-

vando nuevos edificios, algunos de los cuales se cuentan todavía entre los más curiosos de Italia. Es notable que en aquella época de sangre se hallase un hombre capaz de detenerse en pleno impulso victorioso; en su edad más vigorosa Teodorico envainó su espada, y su reinado, que continuó durante treinta años, fué dedicado á los deberes del gobierno civil; hasta cuando su yerno Alarico pereció á manos de Clodoveo en la batalla de Poitiers, Teodorico se limitó á detener el poder de los Francos en Arles, sin continuar su éxito, protegiendo á su nieto de corta edad¹. Así sus contemporáneos, semi-bárbaros y semi-civilizados, le admiraron á la vez como el conquistador ostrogodo y como el romano restaurador de las glorias del pasado. La leyenda germánica transformó Dietrich von Bern — Teodorico de Verona, — en un héroe casi divino que «atraviesa el mundo por la fuerza de su brazo» y recuerda al antiguo dios Thor por sus cóleras terribles cuando de su boca brotaba un hálito inflamado... La tradición latina fué muy diferente: el rey de los Godos fué considerado como un latino de la más noble antigüedad, y los eruditos se ingeniaron en construir genealogías que daban á los Godos orígenes comunes con los Romanos y los Griegos (Jordanis).

Teodorico, con otros reyes, y especialmente los soberanos visigodos, fué de aquellos que la civilización romana elevó sobre sí mismos. Del mismo modo que dos líquidos se unen por los dos conductos de un vaso que comuniquen entre sí, los elementos étnicos en contacto los unos con los otros se mezclan de manera que producen una nueva nación, tomando á cada mitad de sus componentes sus propiedades especiales para atribuir las al otro. Así como toda aleación es diferente de cada uno de los dos metales asociados, toda civilización nueva transforma y desecha las que se han unido para darle nacimiento. Si la irrupción de los bárbaros considerada en su conjunto, tuvo por resultado romanizar los Godos y los Burgondios, los Francos, los Lombardos y hasta los Vándalos, también debía de rechazo rebajar singularmente el nivel intelectual y moral de los Romanos, y, por consiguiente, el conjunto de la civilización disminuyó en proporciones enormes y para una duración de siglos.

¹ Ed. Gibbon, *Décadence et Chute de l'Empire romain*; John Ruskin, *La Bible d'Amiens*.

Los mismos Greco-Romanos se convirtieron en semi-germanizados, y los nobles representantes de las filosofías griegas, los epicúreos y los estoicos, esos intérpretes penetrantes de la génesis humana, esos valientes de tan elevado valor moral y de tan noble resistencia, se entregaron á las supersticiones vulgares, á las prácticas bárbaras, á esa furiosa intolerancia que constituyó el cristianismo de la Edad Media.



RÁVENA — MAUSOLEO DE GALA PLACIDIA EN SAN NAZARIO

Sin embargo, por desagradable que fuese la sociedad intolerante, inquieta, loca, que sucedió á la paz romana, tenía un punto luminoso ante sí, un ideal hacia el cual dirigía su vida. Con el triunfo de los bárbaros, el ciclo de la historia había de comenzar de nuevo: casi todas las conquistas de la cultura antigua se habían perdido y la reconstitución de este haber no podía hacerse sino por el trabajo de los siglos: parecía que la humanidad se hubiese remontado hacia sus orígenes; pero á su segunda salida, el mundo europeo poseía, con algunos restos del tesoro literario y científico de los Griegos y de los Romanos, la ventaja de conservar cierto sentimiento de la unidad humana. Su horizonte geográfico era más amplio que el de la gran

multitud anónima de los antiguos civilizados. Sin duda la idea que se formaba de la Tierra había de ser fea y extraña: ya no estaba regulada y medida por el compás de Eratóstenes y de Ptolomeo, pero los bárbaros venidos del gran Norte y del Este todavía más lejano conservaban la vaga idea de inmensas extensiones, muy superiores á la del ecumeno greco-romano. Además, un alma se les aparecía indistintamente en ese gran cuerpo, puesto que el santo Imperio Romano no había cesado de existir para ellos, y creían en la universalidad de la «Santa Iglesia»¹. El ideal era casi inconsciente; implicaba, no obstante, una futura unidad política y moral.

Antes de entrar en esta vía, que es la historia misma de la civilización progresiva, las multitudes entremezcladas, de todos orígenes y de todas lenguas, que se entrechocaban caóticamente en las diversas partes de Europa, habían ante todo de fijarse, de arraigarse en el suelo donde el exodo primitivo, los choques violentos, las presiones laterales y los remolinos les habían llevado, y á reconocer su territorio geográfico. Después, cada uno de los grupos constituidos de una manera más ó menos íntima y solidaria por la comunidad de las luchas, de los sufrimientos y de los intereses tenía que hacerse cargo de su individualidad colectiva, fundir completamente sus contrastes y sus diversidades para sentirse una nación, preparándose así una nueva evolución para cada uno de esos grupos distintos, la del equilibrio que había de buscarse con los otros grupos europeos, y del ideal que había de encontrarse, si no por sus gobiernos, al menos por sus pensadores.

Pero la primera condición de todos los progresos ulteriores era la adaptación material al suelo y al clima. Los pueblos emigrados, al cambiar de patria, se habían visto obligados á modificar su comida, su bebida, su vestido y á arriesgarse á contraer enfermedades desconocidas. Los ancianos de la tribu sucumbían en masa, lo mismo que los débiles y los achacosos; los niños, particularmente sensibles al cambio, perecían casi todos. La colonización comenzaba siempre por una despoblación, aparte de la mortalidad causada por las batallas, los incendios y las matanzas. Una vez acomodada al nuevo

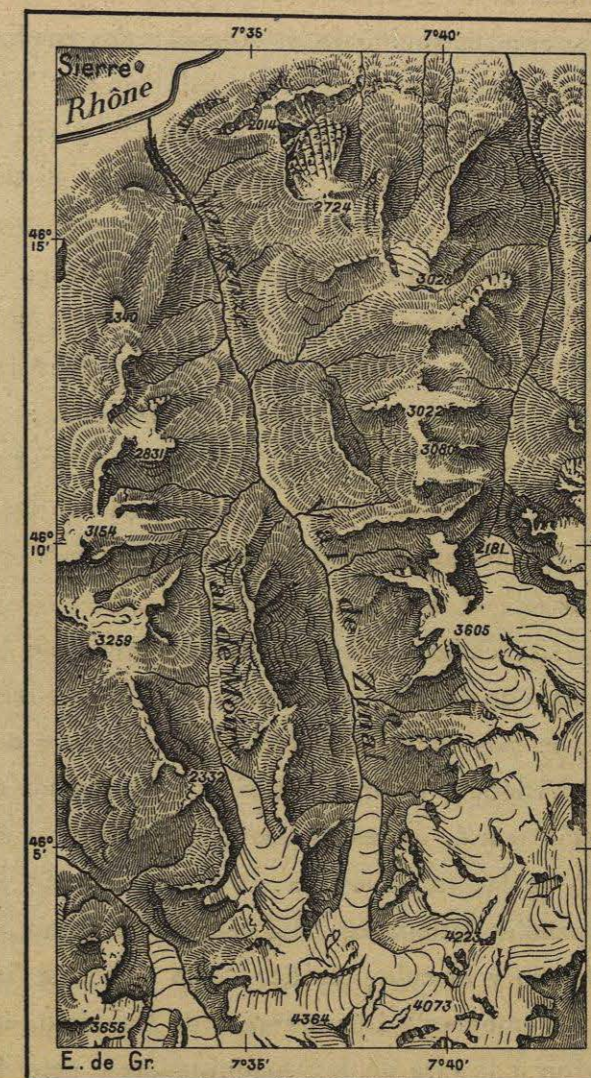
¹ Eduard Meyer, *Die wirtschaftliche Entwicklung des Alterthums*, p. 6.

ambiente la raza de los inmigrantes, no sólo se encontraba disminuida, sino también modificada en su esencia por los cruzamientos con los indígenas y con otros colonos de procedencia extranjera, aumentándose la mezcla de generación en generación, hasta que al fin el tipo original llega á ser desconocido. Después de algunos siglos, ó tal vez sin tanto tiempo, había cambiado el aspecto de los individuos, con frecuencia hasta la lengua había desaparecido, y el nuevo pueblo resultaba muy distinto del antiguo.

Los peligros que habían de sufrirse por parte del medio y la rapidez de la transformación física y moral de los inmigrantes estaban naturalmente en proporción del cuadrado de las distancias entre la patria primitiva y el nuevo lugar de residencia.

Los Vándalos son de ello un notable ejemplo. Reducidos al número de cincuenta mil guerreros cuando llegaron á Africa, no hubieran podido llevar á término sus conquistas si no hubieran tenido por aliadas todas las tribus oprimidas de la Mauritania, que ya habían comenzado á rebelarse

N.º 270. Valle de Anniviers.
(Véase página 356)



1 : 250 000

0 4 8 Kil.

contra sus dominadores romanos: sobre el terreno religioso, una secta, la de los Donatistas ó de los «Montañeses», se oponía al clero ortodoxo, amigo del poder de los papas; contra los mismos propietarios de esclavos se agrupaban las bandas de vagabundos ó caminantes¹. Esas mismas alianzas contribuyeron á cruzarles con elementos extranjeros, y, á pesar de su orgullo de raza, que prohibía á los jefes el matrimonio con las Romanas, las familias puras habían llegado á ser muy escasas al principio del siglo VI. Vinieron luego los infortunios militares: reducidos en número y en virtud, los Vándalos no pudieron ya sostener el choque de los Bizantinos, á los cuales se habían aliado mercenarios bárbaros; sus hombres jóvenes fueron asesinados ó reducidos á prisión y llevados á Constantinopla, y sus mujeres entraron de grado ó por fuerza en las familias romanas. El nombre de esos Vándalos que habían hecho temblar al mundo no se pronunció cien años después de Genserico: en vano se buscan las huellas de su paso en el continente africano, y debe considerarse como paradoja la teoría de Löher, que ve los hijos de los Vándalos en los antiguos Guanches de las Canarias². ¿Cómo hubiera podido realizarse el misterioso exodo?

Las emigraciones de pueblos efectuadas en la península Ibérica habían conmovido multitudes más numerosas y sus consecuencias fueron más duraderas. En el año 600, bajo el reinado de Recaredo, los Visigodos continuaban siendo los dueños de la comarca, pero la fusión moral, correspondiente con seguridad á un cruzamiento efectivo de las razas, estaba ya muy avanzado entre los Godos y los Españoles latinizados. La lengua de Roma volvía á recuperar su dominio y el culto católico de la nación se imponía al rey, arriano hasta entonces. Durante más de un siglo, los soberanos pertenecieron á la raza de los conquistadores, pero los pasos de los Pirineos se habían cerrado de nuevo, ninguna otra banda de Germanos vendría á reforzar los ejércitos de los Visigodos, mientras que del otro lado del estrecho apareció repentinamente un nuevo pueblo invasor: el de los Arabe-Bereberes, arrastrados por una ardiente fe. El resto de los Visigodos iba á desaparecer en una guerra á muerte

¹ Fr. Martroye, *Une Tentative de Réveil social en Afrique*.

² F. von Löher, *Nach den glücklichen Inseln*.

después de tres siglos pasados lejos de los bosques de la Germania, sobre las ásperas mesetas de España. Los Ostrogodos habían sucumbido como nación ciento cincuenta años antes: se habían derretido como nieve al sol, en las llanuras de Italia, y no habían resistido á los Lombardos.



LOS GERMANOS VENCIDOS IMPLORAN AL EMPERADOR
COLUMNA ANTONINA

De una fotografía.

Si la magia del nombre de Roma había atraído sucesivamente todos los invasores bárbaros á la península Itálica, la posición geográfica de las Galias se había hecho también el punto de cita de las naciones. Ampliamente abierta al Este y al Nordeste, la rica comarca, cuyas poblaciones residentes carecían ya de la fuerza necesaria para rechazar á los invasores, se hallaba libre hasta el «fin de las Tierras»: los pueblos emigrantes, unos después de otros, se dirigían